REVISTA CADITANA.

Núm. 7.

SOBRE LA ESPOSICION DE LA JUNTA DE COMERCIO.

ARTÍCULO II.

Medio por ciento de avería moderna.

Es el $\frac{1}{2}$ p. 9. de avería moderna un verdadero impuesto que pagan los géneros y efectos extranjeros y de América que se importan y esportan por esta plaza para atender con su producto al reintegro de dos préstamos hechos por el Comercio de esta ciudad al Gobierno, uno de dos millones de pesos en el año de 1797 y otro de un millón en el de 1805. Creado por una simple real orden expedida en 17 de Mayo de 1797, fué desde su origen injusto y gravoso, haciéndose cada dia mas perjudicial á medida que iba disminuyendo el giro mercantil de Cádiz, hasta llegar á ser insoportable al Comercio de esta Ciudad. Merece la real orden un suscinto análisis porque su contenido es singular, y porque su espíritu y aun su letra, pondrán en evidencia algunas de las indicaciones que hicimos en nuestro artículo de introduccion.

A poco que se examine no podrá menos de notarse que lleva el sello de la ligereza con que se han mirado en España las cuestiones de Hacienda, ligereza que dió lugar á que se practicára por nuestros gobernantes el absurdo principio de que, tratándose de fondos para atender á las urgencias del Estado, siempre el fin justifica los medios; la real orden de 17 de Mayo es una prueba de esta verdad: dicese en ella "que para atender á los gastos de la guerra habia tenido S. M. por conveniente

"recurrir á los cuerpos de Comercio establecidos en varios puertos de la Peninsula, proponiéndoles la anticipacion de fondos; y para manifestarles su real beneficencia les concedia permiso para embarcar en buques españoles ó neutrales que fueran á América, la cantidad de géneros extranjeros no prohibidos, que les conviniera, bajo condicion de poder conducir mil toneladas el Consulado que anticipase un millon de pesos, dos mil el que adelantára dos millones, y así los demas." Ningun carácter político tenian los consulados que justificase esta resolucion: no eran mas que Tribunales de Comercio, y el Gobierno los convertia en agente suyo con menoscabo de la noble y sagrada mision que les estaba encomendada, y con peligro de distraerlos de su objeto y de crear en ellos hábitos deplorables, solo porque necesitaba de dinero, y porque era muy facil á esos cuerpos proporcionárselo. Para juzgar con acierto de la real orden, preciso es tener ademas presente las doctrinas económicas que mas en boga estaban entonces: el sistema restrictivo, predominante en Europa, en ninguna otra Nacion se habia desenvuelto como en España, donde sus consecuencias llegaron hasta el estremo de pasar por doctrina corriente la necesidad de no conducir á los mercados de América otros géneros ni otros efectos, que los nacionales; inclinanos esto á creer que esa concesion, mas que efecto de los adelantos del saber, fué en España una prueba palpable de la poca escrupulosidad de los gobernantes. Los hechos que luego referirémos justifican, á nuestro entender, esta opinion.

Tratándose de urgencias del servicio público y de apuros del Erario, no puede leerse sin extrañeza, en el documento de que hablamos, alu-

diendo al $\frac{1}{2}$ p. 8 de averia moderna, "que la justa consideracion de no gravar á los pueblos con mas contribuciones, y de no disminuir el crédito con nuevos empréstitos, habia movido el real ánimo de S. M. á buscar medios *ménos sensibles y mas equitativos* &c." Si no queria S. M. gravar á los pueblos con nuevas contribuciones ¿á qué hacerlas pesar esclusivamente sobre esta ciudad? ¿no era Cádiz un pueblo de la Monarquía? ¿no tenia tanto derecho por lo ménos como cualquiera otro, á ser protegido? Es tan patente el absurdo, y estamos tan persuadidos de que no podia ocultarse á ningun gobierno, por poco ilustrado que fuera, que para comprender el hecho y esplicarlo nos ha sido preciso acudir á la historia y fijar su origen en las envejecidas rutinas, y en los malos hábitos administrativos que, viciando el sentido comun de gobernantes y gobernados, no han dejado penetrar en nuestra administracion los luminosos principios de economía, á que deben otras Naciones esos sistemas de impuestos y ese estado de su crédito, que resisten á los hechos y no pueden ser destruidos por las doctrinas. De admirar es, apesar de todo, que el $\frac{1}{2}$ p. 8 de averia moderna haya sido calificado á la faz de la Nacion y en un documento oficial, de *ménos sensible y mas equitativo* que una contribucion general, ó un empréstito cualquiera, y mas notable todavia que lo dijese un Ministro, dirigiéndose al pueblo que iba á ser la victima. Y tal era el desórden de ideas que ni el Consulado de Cádiz, ni su Comercio, ni sus habitantes, encontraron motivos suficientes para quejarse: lejos de eso, la corporacion no vió en la real orden sino el empréstito, y se apresuró á recaudarlo como si no fueran los prestamistas quienes habian despues de pagar las cantidades que entonces facilitaban, y como si ese reintegro, saliendo de su propio bolsillo, no fuera un mal mucho mayor que los beneficios que de la negociacion podrian resultarles, ya porque ponian en movimiento sus caudales estacionados á causa de la guerra, ya porque teniendo una hipoteca pingüe, adquirian una renta crecida sin trabajo y sin peligro.

Otras muchas eventualidades debieron haber

sido previstas por el Consulado y el Gobierno, eventualidades que no eran imposibles en aquel tiempo, porque ya, de resultas del célebre decreto de 12 de Octubre de 1778, que destruyó el monopolio mercantil de galeras y de flotas, abriendo al libre Comercio entre los españoles de ambos emisferios, los 33 puertos que en él se enumeran, habia disminuido mucho el Comercio de Cádiz; y porque el estado de la Europa, á consecuencia de los progresos de la revolucion de Francia, debia infundir serios temores de que quedase muy reducido el de esta plaza: ¿cuál seria la suerte futura de los prestamistas si los productos del arbitrio llegaban á ser insuficientes? Los hechos responderán por nosotros.

Tanto mas notable era esa estremada confianza, cuanto que ni uno solo de los comerciantes de esta ciudad habia dejado de presentir las consecuencias para Cádiz del decreto de 12 de Octubre. Convencidos de lo suspiroz y asustadizo que siempre es el interes particular, no podemos atribuirlo sino á los hábitos administrativos que, viciando la institucion de los Consulados, habian llegado á producir ese desórden de ideas de que poco ha nos hemos lamentado. Vamos á esplicar este hecho, no solo porque contribuye mucho á aclarar la cuestion, sino porque ha llegado á nuestra noticia que algunos Sres. comerciantes de esta ciudad, dando á nuestras palabras un sentido que no tienen, han interpretado mal las frases que sobre Consulados insertamos en el artículo primero, creyéndose con derecho á quejarse de que se les calificara á ellos, que habian sido cónsules, de agentes del Gobierno: tan distantes hemos estado de querer zaherirlos, y los estimamos en tanto, que nos creemos obligados á entender nuestras observaciones sobre este punto mas de lo que habiamos pensado, con el objeto de justificar nuestra opinion, y de que sea bien comprendido nuestro pensamiento.

Los primeros que se han conocido en España son los que en Valencia estableció Don Pedro III por los años de 1283, extendidos despues á Barcelona, Mallorca y Perpignan: en su origen, y

durante mucho tiempo, carecieron esas corporaciones de la importancia política y mercantil que llegaron á tener después, á causa de esos mismos vicios de que vamos hablando. Carlos I, y después de él Carlos III y Carlos IV, dieron mayor ensanche á la institución, concediendo á los Consulados el derecho de fallar los pleitos de Comercio. Aunque somos poco amigos de los fueros privilegiados, y de los juzgados especiales, conocemos sin embargo, que ese pensamiento, tal como se concibió entónces, era un pensamiento fecundo; que hubiera podido producir muy buenos resultados. Establecidos para decidir los negocios contenciosos de Comercio, según la verdad sabida y la buena fé guardada, pudieran haber realizado la clase, y hecho desaparecer muchos obstáculos, que impedían su prosperidad, estando, como estaban, encargado de fomentarlo. Pero en vez de hacer con ese objeto uso de su mucho valimiento, engreídos con la facilidad que para adquirir capitales proporcionaba nuestro Comercio, monopolizado con América, perdieron la actividad que de ellos se esperaba, desvirtuándose cada día mas, á medida que se engolfaban en proporcionar recursos al Gobierno y en levantar empréstitos. Fácil les fué al principio adelantar algunas sumas, porque tenían anualmente un sobrante no pequeño del producido del $\frac{1}{2}$ p. ¢ de Consulado antiguo, que, sobre el valor de los géneros importados y esportados del Territorio Consular, les había concedido el Gobierno para dotar á sus empleados y sostener las escuelas de Náutica puestas bajo su protección. Este sistema de adelantos fué haciéndose una costumbre, á medida que obtenían para reembolso nuevos medios por eientos, que aumentaban sus haberes y al mismo tiempo su crédito: tan ruinoso sistema adoptado, sin cuidarse de la diferencia de recargos, ni del gravámen que con ellos sufría el Comercio, dió lugar á que, alejándose la institución cada vez mas de su esencia, se convirtiera en instrumento de ruina del mismo cuerpo; que debía haber protegido y fomentado.

Para formarse una idea clara de toda la estension de este deplorable abuso, basta leer el esta-

do de los derechos Consulares, que en el año de 1803 pagaban los géneros y efectos procedentes de América y del extranjero, que se importaban y esportaban por esta plaza.

Pagaban los géneros procedentes de las Américas al importarse

	<i>Sobre frutos.</i>	<i>Sobre plata.</i>
Consulado antiguo....	$\frac{1}{2}$ p. ¢	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Consulado moderno...	$\frac{1}{2}$ p. ¢	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Donativos.....	1 p. ¢	1 p. ¢
Avería.....	1 p. ¢	1 p. ¢
	<hr/>	<hr/>
	3 p. ¢	3 p. ¢

Los géneros que de Cádiz se remitan á América.

Consulado antiguo.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Consulado moderno.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Donativo.....	1 p. ¢
Avería.....	1 p. ¢
	<hr/>
	3 p. ¢

Los frutos de América esportados desde Cádiz al extranjero.

Consulado antiguo.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Consulado moderno.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Avería.....	1 p. ¢
	<hr/>
	2 p. ¢

Los géneros nacionales y extranjeros al salir de Cádiz.

Consulado antiguo.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Consulado moderno.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Avería.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
	<hr/>
	$1\frac{1}{2}$ p. ¢

Los géneros extranjeros al tiempo de su importacion.

Consulado antiguo.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Consulado moderno.....	$\frac{1}{2}$ p. ¢
Avería.....	1 p. ¢
	<hr/>
	2 p. ¢

¿No es escandaloso ver cobrar al Consulado de Cádiz, sobre el conjunto del valor de los géneros que entraban y salían, hasta 1½ p. 8? ¿No es notable que se exigieran iguales derechos á los frutos de América que á los que salían de España, sin distinción de Nacionales y extranjeros? ¿No es absurdo que los mismos frutos que, á su llegada á las colonias, habían pagado los derechos Consulares, volvieran á pagarlos cuando salían de esta plaza? ¿No lo es mas todavía que los Nacionales pagáran 5 p. 8 y 3½ los extranjeros! Por último, para que se perciban á un golpe de vista los males que ha sufrido y sufre este Comercio, á causa de un abuso tan singular, vamos á citar un hecho. En 26 de febrero del año de 1803 dirigió Don José Canga Argüelles una memoria al ministro del ramo, en la cual, despues de haber examinado esta cuestion, añade: "para convencernos de esto (lo que acabamos de decir) basta examinar los derechos de Consulado que se cobran en Cádiz, y cotejarlos con las notas de los cargamentos de la barca *Bonita* y de la fragata *Rosario*, que entraron y salieron en dicho puerto los dias 2 y 6 del corriente mes (febrero de 1803). Los derechos Consulares en el cargamento de la *Bonita*, han importado 42.278 reales sobre un capital de 2.357,160, cuando los pertenecientes al Erario no pasan de 45.000, y 1.184 los de la *Rosario*, siendo estos solos 1.463."

Fácil es ya comprender la existencia del ½ p. 8 de avería moderna, apesar de lo absurda que parece cuando se analiza en sí misma, como lo hemos hecho al comenzar este artículo, y hacerse cargo de la ninguna extrañeza que debió causar al comercio de Cádiz, y de la facilidad que tuvo el Consulado de realizar el empréstito. Tanto mas natural es esto último, cuanto que, en la misma Real orden, se calculó su producto en siete ú ocho millones de reales cada año, y que dedicada esclusivamente esta suma al pago de los dos millones de pesos en vales, á que había ascendido, tenían lo suficiente para satisfacer los intereses de 6 p. 8 al año, y para que se pudieran sortear las acciones que debían ser amortizadas con

el sobrante, hasta conseguir su total estincion, con arreglo al plan de coudiciones adoptado en Junta de Gobierno del Consulado, el dia 31 de mayo de 1797, y aprobado por Real orden de 17 de noviembre del mismo año.

Aunque en 1797, 98 y 99 los productos del ½ p. 8 fueron extremadamente escasos, á causa de la guerra, no ascendiendo mas que á 1.080,854 reales, sin embargo, como en 1802 subieron á 5.209,572 rs. 27½ ms., y en 1803 ingresaron en las arcas consulares 5.029,225 rs. 10½ ms.; como se pagaban puntualmente los intereses; y como, en fin, se hacia con toda exactitud el sorteo de las acciones, se agrandaba el crédito del Consulado cada dia, y los prestamistas nada tenían que desear. Hé aqui el motivo de que solicitaran los interesados en el préstamo de mil pesos, de que vamos á hablar, ser igualados con ellos.

La guerra de 1804 que pesaba sobre un país cansado ya de lidiar desde 1793, y que no había disfrutado mas que de una tregua de dos años, agotó desde muy al principio los Rentas del Estado. Ciento quince casas de las mas respetables de este Comercio, se reunieron para ofrecer generosamente al Gobierno un millon de pesos á crédito, sin premio alguno, proponiendo un plan de condiciones, redactando una memoria que, por el conducto del Marques de la Solana, presentó al Generalissimo D. Francisco Javier Oriolus, y ofreciendo adelantar esa suma en papel negociable tal como letras, vales particulares, ó pagarés á jor, á favor de la Real Caja de Consolidacion, que por medio de cambios ó descuentos podrian, con muy poco quebranto, reducirse á efectivo. Aprobó el Principe de la Paz ese proyecto, y espidió la Real orden de 27 de Febrero de 1805 para que se llevase á cabo, con arreglo á las veinte y dos condiciones aprobadas á sí mismo por otra Real orden de 26 de Marzo del mismo año. Habían quedado obligada la Caja de Consolidacion á reintegrar á los accionistas del importe de sus pagarés ya descontados, sin tener derecho á exigir la renovacion de las obligaciones, sino despues de pagadas las primeras: pero motivos muy

obvios, y muy sabidos en Cádiz, la imposibilitaron de cumplir esa obligación, por lo cual tuvieron que presentarse los accionistas al Gobierno, solicitando que el Consulado se hiciera cargo del empréstito, reintegrando á los interesados con el producto del $\frac{1}{2}$ p. 8 de avería moderna, supuesto que habian sido ya pagados una gran parte de los acreedores del año de 97. Aprobado ese pensamiento en Real orden de 6 de Febrero de 1806, quedaron desde entonces igualados, y sufrieron la misma suerte, sin haber entre ellos mas diferencia que no tener los unos derecho á ser reintegrados sino despues de la paz, y conservar los otros el beneficio del sorteo de sus acciones.

El cambio efectuado no mejoró mucho por cierto la condicion de los accionistas, y perjudicó en extremo á los acreedores de 97, porque, disminuyéndose cada dia los productos del arbitrio, llegó hasta imposibilitarse, no solo el sorteo, sino tambien el pago de los intereses, tanto que, en 31 de Diciembre de 1821, el estado de ambos préstamos era el siguiente:

	<u>Vales.</u>	<u>Efectivo.</u>
A los interesados en el empréstito de un millon se debian (por capitales).....	1.943,928=2 $\frac{1}{4}$	18.606,737=2
A los mismos por préstamos.....		19.410,345=22 $\frac{1}{2}$
A los interesados en el de dos millones (por capitales).....	15.992,470=20	2.258,823=18
A los mismos (por préstamos).....		19.673,298=28

A varios acreedores que representaba el Consulado, (por capitales).....

4.510,458=14	4.525,823=18
--------------	--------------

A los mismos (por préstamos).....

	12.410,467=17
--	---------------

Suma total 22.446.857=24 $\frac{1}{2}$ 76.885,496= 3 $\frac{1}{2}$

Pocas ó ningunas esperanzas debian tener los acreedores de llegar á reintegrarse; porque la resolución que se vió obligado el Gobierno á tomar de relevar á la plata del impuesto, la distraccion de fondos para urgencias del Estado, la pérdida de nuestras Américas y otras muchas causas, que no podemos detenernos á enumerar, dieron lugar á que hubiese año en que todos los ingresos ascendieran á 238,267 vs. 10 5/6 ms. En tan apurada situacion, acudieron los interesados á las Cortes en 2 de Abril de 1822, solicitando que se reconociese esa deuda como deuda del Estado: peticion tan justa no podia dejar de ser atendida por nuestros representantes de entónces, quienes dieron el Decreto de 18 de Febrero de 1823, mandando que se les pagase su capital en vales, en papel con interes de $\frac{1}{2}$ p. 8; el capital en metálico, en papel de 6 p. 8; y los intereses vencidos, en papel sin interes. A consecuencia del decreto de 1.º de Octubre de 1823, volvieron estos préstamos al ser y estado que tenian ántes del año de 20, y han continuado percibiendo los interesados, de cuando en cuando, algunos cortos dividendos; hasta que, arreglada la deuda pública, han vuelto los préstamos á ser reconocidos como deuda del Estado. Cesó desde entónces la Junta de Comercio de percibir y administrar los rendimientos del arbitrio y continuó cobrándolo la Hacienda en provecho suyo, con arreglo á lo prevenido en real orden de 31 de Mayo de 1837, donde se dice: "que queda acumulado á las Rentas: interin

se determine definitivamente si continúa ó se suprime." Esta resolucíon es injusta, es arbitraria, es ilegal.

Hemos tratado de explicar el origen de ese impuesto para que, naturalmente y como consecuencia necesaria de él, se deduzca la necesidad de su supresion: creado para atender á urgencias perentorias del Estado, fué producto de un abuso envejecido, y de un órden de ideas vicioso y absurdo; pero lo que puede perdonarse á los Ministros de Carlos IV., cuando la ciencia administrativa habia salido apenas de la infancia en España, y cuando no podian preverse muchas de las graves consecuencias á que el impuesto daba lugar, no es disculpable en los de Isabel II., ahora que, generalizadas las buenas doctrinas, tenemos á la vista juntos los resultados del saber y los productos de la experiencia. Triste es tener que hablar de la justicia de la supresion de un arbitrio, cuya existencia en su principio no nos ha sido posible comprender, á causa de lo anti-económico y perjudicial que era, y que para explicarla hemos tenido necesidad de interrogar á la historia, y de buscar en ella no los sistemas racionales y las prácticas juiciosas, sino los abusos y los errores. Hay verdades tan claras que llevan consigo su propia demostracion y su evidencia: ¿es justo que el Comercio de Cádiz, en su particular, pague á los acreedores del Estado? No, respondera cualquiera sin consultar mas que al sentido comun, y no, repetimos nosotros, admitidos de tener que decirlo en época como la presente, y refiriendonos á una real órden del año de 1837.

Imposibles son de concebir las razones que el Gobierno haya tenido para espedita. Conocemos que hay momentos en que los gobernantes se ven en la triste necesidad de prescindir de la rigurosa justicia, para atender con preferencia á razones no ménos importantes: no dudamos de que la necesidad y aun la conveniencia; justifican por sí solas, ciertas medidas: ¿pero se halla en ese caso la que nos ocupa? Por mas gravoso que sea el arbitrio al pueblo y al Comercio de Cádiz, es de muy poca importancia, y casi insignificante su

producto para el Erario: en 1824, cuando fué establecido, ascendió á 66.622 rs.; en 1828 produjo 59.222 y en 1829, 62.969 rs. 11 ms. (tres ó cuatro mil duros, ó aunque sean seis ú ocho que despues se han recaudado en años posteriores, son motivos suficientes para prescindir de un deber y sacrificar á un pueblo.

Lo repetimos; no nos es posible creer que los rendimientos del impuesto sean la causa de su continuacion, y no vemos ninguna otra que abogue en su favor. El reconocimiento de los préstamos de 97 y 85 como deuda del Estado fué un acto de rigurosa justicia con el cual desapareció el objeto del arbitrio: establecido como garantia, dejó naturalmente de existir desde que las prestamistas renunciaron á ella para entrar en la gran masa de acreedores del Estado; y el Gobierno no puede ni debe conservarlo por via de indemnizaciones. Si alguien tiene derecho á ser indemnizado, no es seguramente el tesoro público, sino el Comercio y la poblacion de Cádiz, que han pagado en lugar suyo 39½ millones, producto total del arbitrio desde que empezó á existir.

¿Será preciso hacer ver que la igualdad de impuestos es un principio de economía política y que mas que científico es un principio de razon y de sentido comun? Tendremos que demostrar que el país entero y no un pueblo, debe pagar á los acreedores del Estado? Verdades son estas tan claras y tan sencillas que de puro serlo no hay nadie que las ignore. Por nuestra parte hasta no avergonzamos de tener que recordarlas; pero no es culpa nuestra si el Gobierno las ha echado en olvido convirtiendo en cuestion lo que es evidente por sí mismo, y tan evidente como pueden serlo los axiomas de Geometría, ó los fundamentos del análisis. Y no le sirven de disculpa los graves cuidados y las perentorias necesidades de la actual lucha, que felizmente toca ya á su término, porque ni los productos del arbitrio son pingües, ni le ha faltado tiempo para estudiar la cuestion, supuesto que la ha resuelto dos veces, una al acumular los préstamos á la deuda, y otra al espedita la Real órden que nos ocupa.

Por último, no titubeamos en sostener que lleva consigo el arbitrio, la tacha de ilegal bajo dos conceptos distintos: ilegal, porque gubernativamente se dispone en la Real orden la continuación de un impuesto, que si bien pudo tener á primera vista las apariencias de local mientras que el Gobierno no ha percibido para sí sus productos, nadie creerá que actualmente no sea una verdadera contribucion; é ilegal, porque no figura en los presupuestos y no puede por consiguiente recibir la sancion legislativa; y no se diga que estará incluido en las Rentas de Aduana, porque no pertenece á ninguna de ellas: tienen estas su número determinado, son fijas, y están calculadas en aranceles vijentes; por manera que cualquier ingreso extraño que se acumule á sus productos, se introduce furtivamente en ellos, y no pierde, por ese mero hecho, la tacha de ilegalidad que llevaba consigo.

Era llegado el momento de hablar de los perjuicios que ocasiona al Comercio y á la poblacion de Cádiz el $\frac{1}{2}$ p. $\frac{2}{3}$ de averia moderna; pero preferimos dejarlo para el artículo siguiente, que pensamos dedicar al $\frac{1}{2}$ p. $\frac{2}{3}$ de Canal y al $1\frac{1}{2}$ p. $\frac{2}{3}$ de Fortificacion, porque las consideraciones que sobre este punto vamos á hacer son aplicables á los tres arbitrios.

AUGUSTO AMRLARD.

HOSPITALES.

Desde que el cristianismo difundiendo y propagando las verdades sobre que está fundado, desenvolvió en el corazon del hombre los sentimientos de piedad y filantropía que le son innatos, los establecimientos de beneficencia se aumentaron y estendieron en todos los países donde ejerció aquel su benéfico influjo. Con asombro leemos en la historia antigua las descripciones de tantos templos famosos, de tantos monumentos magníficos que la religiosidad ó el orgullo de los hombres erigió en alabanza de sus dioses ó de sus reyes, mientras que millares de sus semejantes gemirian acaso en la miseria y horfandad.

A el espíritu del cristianismo debemos la fundacion de hospitales, hospicios y demas establecimientos piadosos que desde el siglo séptimo de

la era cristiana, han contribuido poderosamente á aliviar la suerte de los desgraciados. Los primeros que poseemos de esta especie fueron fundados en Jerusalem y Beiteen por unos mercaderes de Amalfi, que los consagraron á San Juan el hospitalario, patriarca de Alejandria. Difundidos por Europa en los siglos posteriores solamente en España, no existían ó eran insignificantes por la dominacion de los Arabes; pero recobrada nuestra libertad é independencia, no tardamos en poseer infinitos que compitieron con los mejores de otras naciones. Cádiz, á quien su situacion topográfica ha hecho siempre uno de los puntos mas comerciales é interesantes de la Peninsula, y por consiguiente el mas frecuentado y rico, no fué el último en fundar hospitales, y otros institutos benéficos que acreditasen la filantropía y liberalidad nunca desmentidas de sus naturales; y los que actualmente posee fundados en el siglo diez y siete á espensas de sus habitantes, prueban incontrastablemente esta verdad.

Sería ageno de nuestro propósito detenernos en manifestar las causas de su engrandecimiento y estado actual desde aquella época. No siendo nuestro objeto sino contraernos á indicar aquellos medios que pueden, á nuestro parecer, mejorarlos, lo harémos con la posible exactitud.

La centralizacion de los fondos segun el reglamento de Beneficencia unida á la reunion de los dos hospitales en un solo local, tendrian ventajas tan considerables, que no deben hallar oposición sino en los que tengan un interes particular en ello. Contra lo prevenido en dicho reglamento, las juntas administrativas de los hospitales y casas de misericordia obran por sí y con independencia de la Junta municipal, desvirtuando con esto el efecto de la ley vigente de Beneficencia.

De aquí proviene la desigualdad en la asistencia de los hospitales, nacida de que á la junta directiva de cada uno de ellos le faltan ó le sobran fondos para cubrir sus gastos. Si estuvieran administrados por unas solas manos, habria mas economia, y se repartirian con igualdad supleniendo en aquellas pureza y desinteres. Percibiendo las juntas municipales los fondos de todos los establecimientos de beneficencia, y á mas los que voluntariamente den los vecinos parroquiales para los enfermos pobres de su collacion, es indudable que los hospitales estarian asistidos con abundancia, la hospitalidad domiciliaria con exactitud, y habria un sobrante para el hospicio, donde podrian recogerse ininidad de mendigos y jóvenes sin oficio, que con mengua de Cádiz, y escándalo de las buenas costumbres, importunan sin cesar á sus habitantes. Con los mismos fondos del hospicio, se podrian corregir estos abusos, si se planteasen economías é hiciesen útiles reformas en los gastos de comida, sueldos de empleados gratificaciones &c.

No es nuestro ánimo atacar en lo mas mínimo á la Junta administrativa de este establecimiento de cuya pureza y desinteres estamos íntimamente

persuadidos. Tan solamente podemos decir de los individuos que la componen que los engaña á veces su exceso de bondad y honradez. Queremos comprobar esto con un ejemplo citado ya y que no ha sido desmentido: en el año de treinta y siete se ofreció por la junta reducir los sueldos de empleados y la ración de pan que se distribuía á los individuos del establecimiento: se practicó así y al año siguiente los gastos escalaron á los del anterior habiendo sido asistidos igual número de pobres: podríamos ser mas explícitos presentando comprobantes de esta verdad; pero no lo somos por respeto á las personas.

Si se estableciese en esta ciudad, como debia hacerse y creemos está mandado por el Gobierno, un hospital general, pudiera elegirse uno que reuniese todas las condiciones que exige esta clase de establecimientos, cuales son: buena situacion, capacidad suficiente, construccion adecuada y aislamiento. Si consideramos la situacion de los hospitales de San Juan de Dios y Ntra Sra. del Carmen, no podremos menos de convenir á primera vista, que en caso de una epidemia, se ocasionarian acaso graves perjuicios á la poblacion de las emanaciones de esos focos de infeccion. El primero de estos edificios inmediato al barrio mas pobre y ménos asado del pueblo, no podria dejar de sostener la afeccion reinante y aun producir otras mas perjudiciales. Engastado el segundo en el centro de la ciudad en una situacion baja ocasionaria las mismas ó peores consecuencias.

Però el hospital militar inmediato al Colegio Nacional, se halla cabalmente en las anticuadas condiciones. Casi fuera de la poblacion sobre un terreno seco y medianamente elevado, bien bañado de sol, de una forma cuadrada, considerada como la mejor por el célebre ingeniero frances Vauban que lo hizo adoptar en su país, con un patio espacioso á donde pueden concurrir los convalescientes á recobrar sus fuerzas y á distraerse los afectos de enfermedades crónicas, con una infinidad de ventanas en sus cuatro frentes cuya libre comunicacion á nadie perjudica, con salas muy distantes y faciles de incomunicar con lo restante del hospital, y en fin con todas las condiciones que la higiene mas severa pudiera dictar para los establecimientos de esta especie.

Però la mayor utilidad que resultaria de la reunion y á nuestro modo de ver la mas vital y necesaria es la economia que indudablemente se seguiria de ella.

Cada uno de los hospitales necesita para estar bien asistido cierto número de empleados como porteros, roperos, dispenseros &c., pero reunidos todos en uno, con ménos individuos se cubren exactamente estos destinos, siendo suficiente además una sola oficina de Farmacia. Los comestibles comprados por mayor son mas baratos como igualmente las medicinas; y todo el mundo sabe que tanto mas gana un contratista ó dueño de posada cuanto mayor es el número de individuos á quie-

nes asiste pudiendo casi asegurarse que bastan los fondos asignados al hospital de San Juan de Dios para sostener sus enfermos y los de Ntra. Sra. del Carmen.

No se crea que en caso de esta reunion habria necesidad de excluir á los enfermos militares. Las asignaciones que para estos pasa el Gobierno son suficientes para mantenerlos y contribuirian para ayudar á sostener á los demas.

Del patriotismo y desinterés de los Sres. Catedráticos del Colegio Nacional de Medicina, creemos se prestarian gustosos á asistir á los enfermos pobres como lo hacen con los militares. De esto les resultaria la gran ventaja de hacer de sus discípulos unos prácticos aventajados que sostubieran el crédito vacilante de la escuela de los Salvaresas y Canivelles. No podemos ménos de detenernos en este punto que debe llamar la atencion del Gobierno por si quiere algun dia ocuparse en mejorar la instruccion médica tan atrasada en España en perjuicio de sus naturales, por el abandono é indiferencia con que hace tiempo se miran las escuelas de medicina, deprimiendo así el concepto que debieran gozar los médicos españoles por su aplicacion y aptitud. De nada sirve la teoria y elevados conocimientos de los actuales catedráticos del Colegio, si prácticamente no pueden demostrar á sus discípulos la aplicacion de las doctrinas que les enseñan. Ellos mejor que nadie conocen la verdad de este principio: pues á su realizacion deben la instruccion que poseen. En tiempo de sus estudios una clinica numerosa los hacia de discípulos, maestros; pero en la actualidad acaso el profesor de esta cátedra no tenga cuatro enfermos en que patentizar las verdades que teóricamente demostró. Ojeto pudiera ser esto de tantas reflexiones que merecia un artículo especial: algun dia nos ocuparemos de ello pues pide serias meditaciones.

Además de las ventajas que llevamos dichas, se obtendrian otras muchas si se realizase lo que acabamos de enunciar.

Aun para los enfermos pueriles de los pueblos, que vienen á Cádiz á buscar el alivio de antiguas dolencias, seria muy útil el establecimiento de este hospital. En una de sus salas podrian asistirse con la misma comodidad que en un pupilage, los afectos de enfermedades veingonzas, y los que necesitasen alguna operacion quirúrgica.

Este hospital general debiera estar al cuidado de las hermanas hospitalarias de San Vicente de Paul, exceptuando algunas salas en que fuera indispensable valerse de enfermeros. Nadie duda que el carácter del bello sexo es mas apropiado que el nuestro para asistir á un enfermo. Dotadas de la paciencia y prolijidad indispensable muchas veces para ello, conaturalizadas con la vida sedentaria, afables, caritativas, asedadas, no pueden ménos de ofrecer ventajas por estas cualidades superiores á las nuestras. En los hospitales del ejército del Norte he tenido ocasion de observar esta verdad y en Cádiz mismo, en Valencia y

últimamente en Sevilla se han cometido á las hermanas hospitalarias este triste encargo que desempeñan del modo mas loable.

Nos estenderiamos demasiado si hubiesemos de enumerar los beneficios que reportaria la humanidad con la realizacion de lo espuesto. Acaso de verificarse padecieran algunos intereses: pero es nada en comparacion de los bienes que ocasionaria.

Tenemos entendido que el Gobierno trata de llevar á cabo este negocio, y que para ello pidió informes á la Sociedad económica y á la Academia de medicina. La primera de estas corporaciones desestimó las razones que existen en favor de la reunion: ignoramos absolutamente los fundamentos en que se apoyaba; acaso haya algunas que nos hicieran apartar de nuestra conviccion. La segunda corporacion no ha presentado aun su informe sobre este objeto: esperamos de los individuos que la componen, lo hagan con brevedad, suplicándoles tomen en consideracion lo espuesto, para dar su dictámen, pues de ello, segun nuestro modo de ver, se seguirá un gran beneficio á la medicina y á la humanidad.

ANTONIO MACHADO.

La Alameda del Peregil, NOVELA GADITANA

POR

DON FRANCISCO FLORES ARENAS.

CAPÍTULO IV.

LA RESOLUCION TEMERARIA

- Quando se vieron cercadas
- De alcanciles y corchetes,
- De plumas y de tinteros,
- De espadas y de broques.

QUEVEDO.

Dejemos pues por un momento al dichoso Pepito entregado á sus dulces ilusiones, y pasemos á ocuparnos de la sin par Rosita, á quien nuestros lectores desearán ya conocer de mas cerca. Era esta jóven lo que puede llamarse una excelente muchacha, sin otro defecto (si es que tal se quiere que sea) que el tener diez y ocho años. Aquella edad, que en nuestros dias pudiera equivaler á algunos años ménos en cuanto al conocimiento de ciertos fenómenos de la organizacion social, habia creado en su ardiente imaginacion ideas en si es no es novelescas, que no era poderosa á reprimir del todo la severa y rigida educacion peculiar á su siglo, y que se hallaba ademas en perfecta consonancia con el carácter de

Dofia Estefanía y con su edad naturalmente poco propensa á la indulgencia para con la juventud. Rosita, como todas las que se hallan en su caso, se habia creado un mundo á medida de su deseo: á falta de conocer seres reales tales cuales son, se habia forjado seres ideales, capaces de sentimientos puros y eternos, fieles á toda prueba y agenos de infamia y de mentira: era en suma lo que se llama un corazon nuevo; con todas aquellas ilusiones que marchita despues el desengaño; un corazon puro que no habia salido aun del limbo social. No es pues extraño que en su primer paso en el mundo creyese haber descubierto en Currito, á quien ya conocemos, aquel perfecto ente de razon que necesitaba su alma, entregándosela toda en cambio de ciertas apariencias cuyo verdadero valor no se hallaba todavia en el caso de saber apreciar suficientemente.

Creemos necesarios estos datos para hacer conocer á nuestros lectores que no pudo ser un efecto de lo que hoy llamamos coqueteria su conducta en la pasada tarde, tan fecunda para ella en acontecimientos extraordinarios, y cuyo verdadero origen veremos mas adelante. Y ahora continuando nuestra historia, dirémos que con aquella impaciencia tan natural como disculpable en una jóven, esperó la llegada de la noche, y con ella la apetecida vuelta á casa: encerróse, una vez en ella, en su apartada habitacion, reconoció prolijamente las rendijas de la puerta, tapó con cuidado el agujero de la cerradura, abrió la carta y leyó de esta suerte, no sin interrumpir muchas veces la lectura para volver á registrar de nuevo al menor ruido que le pareciese oír.

"Adorable Rosita: Dudosos aun de que esta carta pueda llegar hasta V. no he vacilado sin embargo en escribirla, á cuyo atrevimiento me autorizan extraordinarias circunstancias. Por ahora me está vedado el hablarla, pero mi corazon, que es todo de la bella Rosita, si no se satisface cumplidamente con este medio único que la suerte le concede, halla por lo ménos en el aquel placer inefable de dirigirse al solo, al eterno objeto de un cariño á prueba de las dificultades y superior á los humanos obstáculos. El genio protector que me dirige, y en cuyas manos fio mis esperanzas, no dudo que hará por mí todo lo que resta en una empresa que conceptuo todavia ardua y difícil. Finalmente, si algo puede con V. cuanto por su amor salezco; si me juzga digno de obtener una letra sola de consuelo en mi penosa incertidumbre, puede valerse del mismo medio que empleo para hacer llegar esta á sus manos; pues de ninguna otra persona me atrevo á fiar mi dicha." La carta, segun las instrucciones recibidas, no llevaba firma alguna.

El primer billete amoroso es un acontecimiento de aquellos que forman época en la vida de una jóven. Desgraciadamente nuestra Rosita no tenia amigas intimas á quien enseñarlo, y nos persuadimos, con permiso suyo, de que esta última cir-

constancia debió de háberla mortificando: y decimos esto, porque en aquella edad los placeres y las penas tienen un carácter comunicativo é ingenioso, que los hace parecer imperfectos sin la participación, no siempre franca y sincera, de las personas que suponemos interesadas en nuestra felicidad.

Como mas larga detencion pudiera haber despertado sospechas en la harto suspicaz Doña Estefanía, guardó cuidadosamente el billete la inquieta Rosita, tomándose tiempo para meditar una respuesta, que ella juzgaba forzosa en vista de las circunstancias en que ambos se encontraban á la sazón: pasó pues á buscar á su madre, esforzándose á reprimir la agitacion visible en que la habia puesto aquel primer paso, cuya imprudencia no se le ocultaba.

Imposible nos ha sido hallar copia alguna de la carta que, en contestacion á la anterior, puso Rosita en manos de su enamorado por el mismo medio que este la indicaba: lo único que nuestras esquisitas diligencias han podido averiguar es que la dicha misiva, tal cual salió á luz despues de haber roto otras dos ó tres, contenia las mas alhagüenas esperanzas, si bien expresadas con aquella prudente reserva y decorosa circunspeccion que tan bien sientan al bello sexo, puesto que en ellas se funda el prestigio de su poder. Por lo demas, unos garrapatos por letras, una tinta conleccionada con borras y agua del pezo, una ortografia africana, y en la posdata un perdon por la mala pluma, constituian la parte necesaria de este billete, y quizá no la menos apreciable, puesto que todas aquellas cosas son para los enamorados un índice de los afaes, de los sustos, de los riesgos que cuesta su amor á la que es objeto de él; sabe que su querida padece por causa suya persecucion bajo el poder de aquel Diocleciano con enaguas, y esto es una excelente salsa para el cariño: he aquí porque afirmamos que los amantes dan un valor muy real y muy positivo á todas estas circunstancias; puesto que en cada una de ellas creen descubrir algunos nuevos quilates de valor en la joya á que aspiran.

Pasáronse así algunas semanas: tres ó cuatro cartas mutuamente recibidas en nada podian alterar la extraña posicion de ambos jóvenes, y Dios sabe hasta que punto hubiese llegado esta estéril correspondencia, si acontecimientos imprevistos no hubieran acelerado rápidamente el desenlace de estos embrollados amorios. Sucedió pues que al cabo de este tiempo entró una mañana en casa de Doña Estefanía una muger de edad, algo ménos que decentemente vestida, y habiendo obtenido el hablar á solas con la Señora, pasó entre ambas el siguiente coloquio.

"Buenos dias, vecina: (dijo la reciénvenida) V. extrañará mi visita: pero cuando se trata de la honra y buena opinion de las personas á quienes una aprecia, no ha de repararse en lo menos. Sepa V. pues, Señora Doña Estefanía de mi alma,

que las malas lenguas de Cádiz han dado en publicar los devaneos de su hija Doña Rosita, y que las gentes de razon y temerosas de Dios están escandalizándolas al oír que una Señora tan cristiana y tan buena como V. no tome sus providencias para que ese tonto de la montera no le quite por mas tiempo á la niña sus colocaciones, y no dé que hablar al barrio. Yo en todas partes saco la cara por V.; pero ayer en la novena no se hablaba de otra cosa, y en verdad que no le hacian á V. favor: díjose allí que Rosita recibia cartas de uno de esos muñecos, y en un duelo lo afirmo antes de ayer quien lo ha visto con sus ojos. En tal caso, he creído que los deberes de vecindad me obligaban á prevenir á V. de lo que sucede." Saeó en diciendo esto su caja de cucarachero, y tomando con los cuatro primeros dedos un razonable polvo, esperó la respuesta de la invitada viuda.

No eran del todo nuevas para esta la mayor parte de las noticias que le daba la chismosa vecina; pero sabiale mal, sin embargo, el que se las viniesen á decir en su propia cara, y así, tratando de eludir la principal cuestion, le respondió: "Señora Petra, mal me estará el decirlo; pero la pura envidia es la sola causa de esos cuentos que V. dice andan por ahí con respecto á mi nieta: buena madre tiene ella para consentirle ni disimularle semejantes deslices! Así que puede V. decir en la novena, y en donde quiera que oiga hablar á esas gentes emitiativas y temerosas de Dios, que la hija de Doña Estefanía no tiene mas falta que el ser bonituela y contar diez y ocho años: falta bien grande para algunas amigas de V." "Parece que no está V. muy en lo cierto, replicó la otra, despues de haber sorbido un polvo: una cosa es que yo tape los defectos de las cosas ajenas, y otra cosa es que los vea y los toque. Digo lo que es obligacion mia, como cristiana que soy, el decirle á V. lo que hay aquí dentro, y hasta que punto alcanzan las niñas de hoy dia. Pues señora, quiero que V. sepa que habra cosa de un mes, ó poco mas, hallándose una noche V. y su hija sentadas en el balcón, y dando sendas cabezadas por el sueño y por el fastidio, me pareció oír en la calle una tos seca que á la legua mostraba ser cosa de seña. Yo estaba casualmente en la ventana, como me sucede siempre que hay algo que ver en la vecindad, y á la luz de la luna descubí que el fingido asmático era un majo que miraba atentamente al balcón: en aquel momento entró V. en la sala á tomar su albanico, y aprovechándose Rosita de este solo instante, se levantó, asomóse á la baranda y en el mismo punto voló hácia la calle una cosa blanca, aunque no sé si fué caide por casualidad ó arrojada adrede: recogióla el mozo, y vi entonces muy bien que era un pañuelo. Antes de un minuto ya estaba V. en su puesto y el no parecia en toda la calle." Por puntos encolorizábase al oír esto Doña Estefanía: pero á un terminante yo lo sé, toda réplica era infructuosa; y así fué necesario cambiar el plan de

defensa. Procurándose pues reponer un poco, le habló en estos términos.—"Quiero ser franca con V., vecina, y por lo mismo no le negaré que algo de eso, aunque no todo, se me había alcanzado; pero, á Dios gracias, ese monuelo está preso hace días, y esto me tiene tranquila."—"Eso digeron, contestó la señora Petra, pero la verdad, yo no lo creo; puesto que después de su prision ha venido de noche á dar música á Rosita, y si no temiese hacer mal juicio, diría tambien que habló con ella por la ventana."—"Pero V. que es lo que vió?, interrumpióle Doña Estefanía."—"Vi y no vi, porque aunque divisé dos bultos en la reja, uno por dentro y otro por fuera, la oscuridad no me permitió distinguir bien á nuestro hombre; pero ¿qué otro había de ser? Yo irritada al verlo y al oírlo, y figurándome que hacia á V. un servicio, vacié sobre el atrevido enamorado..... ya se figurará V. lo que vacié; con lo cual se alejó de allí á buen paso." Marchóse en diciendo esto la vecina, dejando á la burlada madre echando chispas por los ojos de pura cólera, y meditando proyectos de venganza.

Borrascosa, como pueden figurarse mis lectores, fué la entrevista de Doña Estefanía con su hija, y en la cual no escaseó aquella ni las expresiones mas violentas ni los mas brutales maltratamiento. Resignada y paciente en la apariencia, sufría Rosita aquella tempestuosa escena; pero ¿qué alma hay que no se exaspera cuando así se abusa de derechos, que por mas sagrados que sean, tienen limites en la razon humana? Lo que la dulzura, unida á un saludable rigor, hubieran podido alcanzar, se hizo imposible ante un castigo desproporcionado á la falta; y aquel corazon, sobrado de altivez, no pudo ménos de rebelarse en secreto contra la mano que la villipendiaba. En fin, la madre vivamente irritada por el obstinado silencio de Rosita, la despidió con estas palabras:—No quiero en mi casa ni á mi lado una hija mala y desobediente: dentro de ocho dias marchará V. al convento donde se ha educado, de donde no volverá sino para casarse con quien yo tenga por conveniente." Dicho esto, cada una de ellas marchó á su habitacion respectiva.

Dejemos ahora en la suya á nuestra interesante niña llorar amargamente, y dejemos hervir su imaginacion en proyectos y en venturadas resoluciones, para ocuparnos de D. Pepito, á quien los hados guardaban tambien un dia de desventura.

Sentado una mañana en el escritorio de su padre, con el libro de caja abierto sobre la carpeta por mas disímulo, leia por centésima vez la última carta amorosa que le habia entregado Rosita, haciendo por entonces un sabroso paréntesis al palo de Campeche y á la calisaya, cuando oyó cerca de la puerta los acompasados pasos de D. Braulio: cerró precipitadamente el libro, arrojólo á un lado, y se puso á escribir una comenzada carta para el corresponsal de Guayaquil. En

esto el viejo, á quien llevaban allí ciertas dudas sobre una especulacion, entió pausadamente, dirigióse al malventurado libro de caja, y abriéndolo, topó, como era natural, con aquel inoportuno registro que Pepito habia dejado dentro: echó D. Braulio los ojos sobre el papel, y dijo:—No conozco la letra de este corresponsal; ¿de dónde es? Un rayo que hubiese caído sobre el enamorado mozo, no le hubiera dejado mas atónico: trató de enmendar su yerro; pero era tarde, pues ya se afianzaban en las narices de su padre un par de férreos espejuelos, merced á los que pudo leer con harta dificultad estas primeras palabras: *Bien mio puesto que debo fiarme en la honestidad de sus intenciones.....* Al llegar aqui soltó la carta D. Braulio como si le quemase los dedos, y volviéndose á su hijo le interpeló así con voz de trueno y con entrecejo erizado de ira:—¿Qué diablos de honestidad es esta en un libro de caja?..... ¡Bien mio en un escritorio!.... Esto es una profanacion mercantil, y que yo castigaria tirándole el libro á la cabeza sino fuera porque vale mas que tu.... A la amenaza hubiera indefectiblemente seguido la obra á no ser por aquella reflexion del valor intrinseco respectivo que era para él tan poderosa, y porque Pepito, aprovechándose de este momento de incertidumbre, le replicó en estos términos:—Pero Señor, esa carta no es mia ni para mí, y yo no tengo la culpa de....—Pues entonces ¿de quién es?—No lo sé.... puede que sea de D. Gil el cajero.—¿De D. Gil, con su gorro blanco y sus setenta y dos del picol.... V., señorito, parece que quiere burlarse de mí. Válgale el que yo no le he cogido encima esa monería de billete; pero yo debo tomar mis precauciones por lo que pueda tronar. El bergautin *Iscariote*, consignado á casa, debe cerrar dentro de unos dias el registro para Californias: se irá V. en él y me quitaré yo de quebraderos de cabeza." Concluida que fué esta lacónica é inapelable sentencia, volvió la espalda y se entró en su despacho.

Aterrado con esta inesperada decision quedó nuestro héroe; pero no bien pudo serenarse un poco y meditar acerca de las consecuencias que de sí arrojaba, cuando penetró todo lo terrible y amargo del caso en que iba á verse. Abandonar su patria y separarse de aquella Rosita de quien fundadamente se creia correspondido, eran esfuerzos superiores á su valor. "Morir mil veces primero, exclamaba, que sucumbir á estos duros preceptos que se me imponen." Y sin embargo, ¿qué camino le quedaba? A fuerza de discurrir halló un arbitrio que abrazó con ardor: era su única áncora de esperauza; mas para ello era forzoso contar con su amada, y no debia verla hasta de allí á tres dias por lo ménos: espacio harto largo para su impaciencia. Resuelto en fin á valerse de nuevo de la tia Blasa, escribió un lacónico billete y marchó á la cueva de la bruja, á quien suplicó encarecidamente lo pusiese en manos de su querida, recogiendo ademas la contestacion; aunque á dicha

no la reveló todos sus proyectos, ora fuese por un efecto de desusada prudencia, ora, y es lo mas creible, porque no se le ocurrió tal cosa en aquel punto. Ofrecióselo así la astuta gitana y en el momento mismo se dispuso á poner por obra su ardua y arriesgada empresa.

Antes de una hora de la pasada entrevista llamó á la puerta de Doña Estefanía una vieja mendiga, cuyo aspecto mostraba á las claras la enfermedad y la miseria: apoyábase en una gruesa caña que traía en la mano, y con reiteradas súplicas pedia hablar á la Señora para comunicarle un asunto importante. Fuele en efecto concedido, y entró en su cuarto dejando la caña á la puerta de él; pero no sin haber dirigido ántes á Rosita una seña tan espresiva, que facilmente alcanzó esta todo el misterio. Una vez á solas con la viuda le habló de esta manera:—“V. extrañará, Señora, el misterio con que he solicitado hablarle; pero la fama de su mucha caridad para con los pobres y el saber que es su merced una persona tan honrada como buena cristiana, me obligan á advertirle que un tunantuelo mozalvete que persigue á su hija, sabiendo lo que su merced la guarda, ha resuelto el enviarle hoy una carta que le entregarán, si pueden, en su casa misma. La persona encargada de hacerlo me ha confiado este secreto; pero yo creo que Dios no me manda que lo guarde cuando está de por medio el honor de unas Señoras tan buenas y caritativas, y he venido á advertirselo para que tenga el ojo alerta.” Agradeció en el alma Doña Estefanía este sincero interes y se propuso no desperdiciar el aviso; despidiendo á la mendiga con algunos cuartos: esta tomó de nuevo su caña y á pocos momentos caminaba por la calle arriba con mejor paso que pudiera esperarse de su achacoso aspecto.

Mientras esto pasaba, Rosita, que como dijimos habia penetrado la intencion de la mendiga, cogió la caña y sacó de su hueco un billete concebido en estos terminos: “Me quieren separar de V. tal vez para siempre; pero aun quedo un solo medio si V. me ama. En un pueblo distante de aqui muy pocas leguas tengo un tio que me quiere y de cuya indulgencia no puedo dudar. Mañana al salir el sol esperaré á V. á la puerta de su casa una muger respetable, y la conducirá á un coche prevenido fuera de la ciudad: ámbas entrarán en él, y yo en seguida montaré á caballo para precederlas. Ha llegado el momento de tomar una resolucion violenta; pero cuyo resultado será el unirme mañana solemnemente á la muger á quienodoro.” Critica era en aquel punto la situacion de la jóven; pero el tiempo urgía, y así tomando un lápiz escribió con mano trémula en el papel:—“Me fio en su honradez de V. y en su palabra: estaré pronta á la hora que me indica.” Enrolló en seguida el billete, lo puso en su lugar, y un minuto despues la tia Blasa (pues era ella) lo conducia triunfante á casa de Pepito.

La gitana sin embargo no las tenía todas

conigo, y si bien ignoraba completamente los aventurados proyectos de nuestro enamorado, no obstante, su sagacidad le hacia conocer que se trataba de alguna cosa extraordinaria: cosa que no estaba de modo alguno en sus intereses; puesto que la primera explicacion que mediase entre ámbos jóvenes daría al traste con sus engaños y pondría de manifiesto sus intrigas. Conveniale pues evitar á toda costa que llegase á verificarse semejante entrevista, y para ello resolvió vigilar escrupulosamente á uno y otro amante, como en efecto lo puso por obra segun abajo se dirá.

Despues de una angustiosa y agitada noche, como la que siempre precede á imprudentes y desacordadas acciones, amaneció aquel dia ora desasado y ora temido que habia de decidir de la suerte de dos interesantes personas. Antes de salir el sol, la vieja Remedios, (que despues de haber llorado amargamente la romántica resolucion de Pepito, habia cedido por fin á sus ruegos y á sus instancias) se hallaba al pié de los balcones de Doña Estefanía esperando á aquella exaltada niña, y aseando alla en sus adentros su temeraria evasión; pero ántes de que esta se verificase, la maldita bruja, que la acechaba, se presentó á sus ojos fingiéndose sabedora del caso, merced á sus conocimientos en la buena ventura, y manifestándole la habia conducido alli el deseo de serle útil, si así lo juzgaba. Dióle gracias la crédula vieja, y contóle como y donde las esperaba el coche, y cuales eran en fin todas las medidas tomadas por Pepito para llevar á cabo su fuga. No perdió una palabra la tia Blasa, y despudose de ella, protestándole su cariño y el interes que por ellos se tomaba, y marchándose en seguida á toda prisa para poner en ejecucion sus meditados planes.

Tardose aun largo rato en bajar la esperada Rosita: pálida, llorosa y acortando apenas á sostenerse en pié, habia retrocedido varias veces ante las terribles consecuencias de un paso tan imprudente; pero los malos tratamientos de que era víctima y la perspectiva de una reclusion perpetua, ó de un enlace quizas mas duro é insostenible que ella, acabaron de vencerla: cerró los ojos á lo presente y confió su porvenir exclusivamente al destino.

En el glasis de Puerta de Tierra del lado de la bahía, como punto de menos tránsito por hallarse fuera del camino real, se hallaban parados un coche de colleras con las persianas cerradas, y un caballo de silla al cuidado del zagal, mientras que en un ventorillo que se descubria á pocos pasos, D. Pepito y el mayoral se hallaban ocupados de harta diferente manera. Agitábase el primero con señales de impaciencia suma, mientras el segundo fumaba tranquilamente al compás de sendos tragos de aguardiente anisado con que se preparaba á las fatigas del dia. Mas de una hora habia pasado en efecto despues de la convenida, y nadie parecia aun, cuando por fin, al cabo de otro rato asomaron por las puertas nuestras do-

añiadas mugeres. Saliólas precipitadamente al encuentro el desasosegado mancebo, y dirigiéndose á la jóven le dijo:—"Adorable Rosita ¡cuanto tengo que agradecer á V! No es ahora sin embargo la ocasion de perder un tiempo que es precioso, suba V. al coche y ánimo sobre todo." Dió aquella al oír esto dos pasos atrás, y fijó sus espantados ojos en el que así le hablaba: volviólus en seguida en torno de sí cual si buscase alguna otra persona mas; pero viendo que se afanaba en valde preguntó asombrada:—"¿Y qué! ¿No esperamos á nadie?—"; A quién hemos de esperar? le replicó Remigia.—"Suba V. pronto por su vida, que la camisa no me llega al cuerpo de puro miedo." Encogióse de hombros Rosita, como persona que no comprende palabra de lo que le sucede; y cediendo maquinalmente á las eficaces súplicas de su compañera de viage, entró en el coche cuya portezuela la esperaba; pero en aquel mismo momento se vieron rodeadas de soldados que saltando sobre el parapeto del camino cubierto llegaron al coche sin dar lugar siquiera de ser sentidos. El gefe que los mandaba, haciendo cercar á los fugitivos, les gritó:—"De órden del señor gobernador dense á prision todos:—" á cuyas palabras bajando Rosita la persiana descubrió en frente de sí un soldado cuyas facciones creyó reconocer á pesar de aquel inusitado vestido: acérese un poco mas; no duda ya entónces, y esclama:—"El es!"—Con efecto, el soldado era el mismísimo Currito, á quien ya conocemos.

(Se continuará.)

BOLETÍN.

Quisiéramos tener ocasion de publicar muchos escritos como el que á continuación insertamos. Sobre estar redactado con el tono de la mas esquisita urbanidad, lo miramos con un medio excelente de acreditar nuestra imparcialidad y de poner á nuestros lectores en el caso de que puedan juzgar en esta materia con cabal conocimiento de todas las opiniones.

Por esta misma razon no hemos podido ménos de dolernos de que los ilustrados Directores de la compañía que lo suscriben, estimasen necesario invocar un artículo de la ley de imprenta, al solicitar su insercion en la REVISTA.—No nos creemos obligados de modo alguno por semejante artículo; pero si por la imparcialidad que nos hemos propuesto observar en todo género de asuntos.

Sres. Editores de la REVISTA GADITANA.

Muy Sres. nuestros: En el número 2 de la Revista que VV. publican, hemos visto una comparacion entre la Compañía Bética; y la del Guadalquivir, de que tenemos el honor de ser Directores, y por lo mismo estamos en el caso de que VV. se sirvan dispensarnos su atencion.

Abandonando nosotros el terreno de las com-

paraciones, que suele ser escabroso, y mientras contestamos á otro escrito de mayor volumen, que sobre el mismo asunto se ha impreso en esa ciudad, rogamos á VV. se sirvan insertar en su apreciable periódico esta reclamacion.

La mayor parte de lo que se dice en el número citado, sin duda procede de noticias inexactas, ó de datos equivocados. La distinguida ilustracion de VV. no podrá ménos de conocerlo; así, si les recordamos que este río, cuyo estado se pinta *tan lamentable* y tan lleno de bajos, que por su número *é intensidad* son otros tantos escollos para la navegacion, en las cincuenta y cuatro millas que tiene de Sevilla á Bonanza, solo habia, hace cuatro meses, tres bajos; de los cuales dos, apenas lo eran, y el tercero llamado de los Gordales, era el único que á baja mar impedia el paso á las embarcaciones de mucho porte. Este bajo de resultas de las obras que ha hecho en él la Compañía del Guadalquivir, ya no existe, y con este motivo tenemos la satisfaccion de haber visto que la experiencia ha confirmado la teoría científica con que ha sido dirigida esta obra. Y como aquella es la única atorchá que debe servir de guia en materias tan importantes, vemos con gusto que el sistema de canalizacion del río, empezado en esta obra, y que sucesivamente iremos continuando hasta el canal Fernandino, es el único que quita radicalmente la causa de los bajos, sin que por esto neguemos que los medios mecánicos de pontones, sean ó no de vapor, sirvan accidentalmente para acelerar el efecto positivo que dan los de construccion, adoptados ya en Europa, y nunca usados en nuestros rios hasta la presente.

La compañía del Guadalquivir jamas ha hostilizado á la Bética. Al contrario, invitó amistosamente á sus principales socios para que se uniesen á ella en beneficio de esta provincia. No lo tuvieron por conveniente, y á pesar de eso, hemos permitido que en nuestro mismo Muelle de Triana, y con nuestra cabria, se haya armado la Draga, cuando se anunciaba al público que su objeto era la limpia del Guadalquivir, como si nosotros no tuviéramos este encargo.

Otra de las equivocaciones que se notan en el espresado número de la REVISTA, es suponer que el comercio va á ganar cuatro millones, que ahora pierde en los gastos de alijo y desalijo de los buques que se quedan en la Horeada. Este cálculo se funda: por lo que hemos visto en otro escrito, en que el movimiento de comercio del río es de 1.485.000 quintales. Concederémos que este sea el movimiento espresado; pero debe entenderse de los buques que llegan al Muelle de esta ciudad que no tienen tales gastos de alijo ni desalijo. El de los que se quedan en la Horeada es tan insignificante en comparacion de los que llegan á Sevilla, que no creemos debian fijar la atencion en la escala de las ventajas que se prometen al público por este respecto.

Por lo demas es inútil estampar el primitivo

plande arbitrios de la compañía, pues nunca llegó á tener efecto, y casi todo fué, ó modificado, ó anulado por el Gobierno. Jamas hemos solicitado arbitrios que directo ó indirectamente nos diesen el privilegio esclusivo de la navegacion del vapor, como sería el de diez reales por cada pasajero. No queremos privilegios esclusivos en perjuicio de ninguna corporacion ni particular.

Bastan estas ligeras indicaciones por ahora. En un escrito mas detallado demostraremos palpablemente, si la compañía tiene ó no títulos á la granitud de esta Provincia. No es el menor el de haber unido como un puente la culta y siempre benemérita Cádiz con la incluíta y celebrada Sevilla, comunicándose ámbas en pocas horas, por medio de la navegacion del vapor.

Somos de VV., Señores redactores, con la mas distinguida consideracion, sus atentos y seguros servidores q. s. m. b.

LOS DIRECTORES DE LA COMPAÑIA DEL GUADALQUIVIR.

MANUEL LOPEZ CEPERO. MANUEL BAYO.

TEATRO DEL BALON.

RALTATASAR COZZA:

Drama original de D. José Díaz, representado á beneficio del Sr. Sarramian.

Abunda de tal suerte la historia de la edad media en sucesos estraños y caprichosos y en personajes que tendríamos hoy dia por ideales y fantásticos, sino atestiguan en las crónicas su existencia, que no ha faltado quien llegue a creer y afirmar en esta época de paradojas en que vivimos, que no ha menester el autor de un drama histórico de imaginacion, ni aun apenas de fagunio. Los acontecimientos interesantes, los desenlaces imprevistos, las pasiones terribles, los caracteres dramáticos todo se encuentra, segun estos criticos, en la historia. Como se tenga tino suficiente para escoger, las tradiciones y las crónicas supliran las veces de la fantasia: los espectadores aplaudiran un drama cuyo verdadero autor fué Dios, y cuyo primer teatro fué el mundo.

Esta teoria literaria que no inventamos ahora á nuestro placer para refutarla en seguida, esta teoria que hemos encontrado en algunos escritos de critica contemporanea, es una teoria falsa y absurda. Si nos faltasen otras pruebas que esponer, nos bastaria con el drama que analizamos en el presente articulo.

Un Pirata que llega á ser Pontífice de la cristiandad, un Papa que muere en los brazos de dos mujeres, de dos hermanas que á porfia le aman, no es ciertamente un personaje vulgar; y si hasta se lo imprevisto, lo estraordinario, lo maravilloso para causar en el teatro el efecto que el autor dramático apetece, Baltasar Cozza sería un excelente drama. La historia sin dejar de ser cierta, era

de por sí inverosímil: el autor ha querido dejarla atar. Hay con efecto en la concepcion valeada, atrevimiento; mas aun, temeridad.

Examinemos la ejecucion.

La escena pasa durante el primer acto en Cádiz: en una de esas islas de la Grecia, llenas de perfumes, de piratas y de poesia.—La eleccion es excelente: el lugar es de suyo pintoresco, y como ahora se surle decir, romántico; pero era necesario huir de un escollo peligrosísimo: tanto por lo ménos para el autor de un drama como pudieran serlo los del mar Adriático para los buques que surcan aquellos mares. Pertenecen las descripciones al dominio de la poesia lirica; por otra parte, las rocas de una costa, las reliquias de una nave que pereció en un naufragio, son el patrimonio de los pintores: el hombre de talento que escribe un drama no debe abusar nunca de la habilidad del maquinista. Viene bien en el drama poner en movimiento las pasiones del corazon y no los remos de las galeras: ni es oportuno describir las tremendas tempestades del mar, ni las fragantes flores de la primavera sino los afectos del alma humana.

El autor de *Baltasar Cozza* no ha podido ó no ha querido huir de este riesgo, y á trueque de hacer alarde de su fantasia, ha escrito un acto que, si á algun género de poesia pertenece, es á la poesia lirica.

Clotilde y Maria aman con igual extremo, pero con distinto linage de amor, á Baltasar el Pirata.—Ha nacido la pasion de Clotilde del mismo origen de donde suelen nacer las femeninas pasiones: de la hermosura de Baltasar, y de su rendimiento.

Yo vi sus cabellos rubios
flotantes á la merced
del impetuoso huracan,
y en sus miradas hallé
tanto amor, tanta osadía...

El amor de Clotilde es un amor comun lleno de ternura, de llantos y de celos.

Maria o por lo ménos la Maria del primer acto, no ama á Baltasar, ama al Pirata, duró del mar, terror de las naciones, vencedor de cien buques y de cien tempestades.—Y antes que al pirata amaba al mar.

Pero ¿quien no olvida, quico,
desventuras y placentes,
galanteria, esquivos,
cuando ese mar se levanta,
y en agitado tropel
sus aguas en montes lleva
sobre esas rocas que ves,
y el eco sordo que forma
y se escucha por do quier,
y retumba pavoroso
y con estrepito?...

Maria se cuida poco de los cabellos rubios que tenian preñada á su hermana, ni del amor de las miradas.—Admira el poder del mar, y admira

rá más todavía al hombre que arrostre su furia y salga vencedor de tan aventurada lucha.

Esta María, verdadera hija de las playas, idólatra del mar, entusiasta de los buques, de las tormentas, de los naufragios y de los piratas, es una creación atrevida y que nos ha parecido original por lo menos en el teatro. Desgraciadamente el autor no hace el mejor uso de su pensamiento que terremos por feliz, en los actos siguientes. Del segundo en adelante María es una mujer ennoblecida como otra cualquiera, advirtiéndose tanta inconsecuencia en su carácter como en los demás del drama y no es poco decir.

Por lo demás Baltasar, ignorante de la pasión de María, dividió su corazón entre su hijo y su Clotilde.

Tu imagen cándida y bella
.....
es en los mares mi estrella.
Tu nombre llevan los olas
del mar de Italia y se elevan,
y se extienden y le llevan
á las playas españolas.

Pero un sueño extraño, y al par horroroso y halagüeño, acababa de despertar, para desgracia de su amada, idens de descabellada ambición en el pecho del rendido Pirata. Baltasar Cozza ha visto en sueños un sepulcro que era el de su Clotilde: sobre aquel túmulo un letrado que le dió á conocer la vanidad de los amores humanos, y sobre su propia cabeza la Tiara de los Pontífices.—Hallábase por ventura entre sus cautivos el Cardenal Diácono Othon Colonna (el mismo que, si no nos es infiel la memoria, rigió más adelante la Iglesia de Cristo, con el nombre de Martín V. ^o) á quien perdonó la vida; y como le oyese decir que había debido el capelo que tenía sobre su cabeza al lustre de su familia, á la caridad de Dios, y á la bondad del Santo Padre, discurrió Baltasar que siendo ilustre su nacimiento; grande para con el la caridad de Dios, puesto que le había permitido burlar con su galera el impetu de los vientos y la furia de las olas; nada imposible ablandar la voluntad del Sumo Pontífice, de quien disponía como él de dos galeras llenadas de joyas de Oriente y de escudos de Europa: no era empresa superior á sus fuerzas la de sentarse en el Conclave de los Cardenales, tanto más como que ni carecían de altivez sus pensamientos, ni su razón de cultura y de estudios. Resolvió pues trocar la espada de Pirata, por el capelo de Cardenal y los hazañas del mar por las intrigas de los Concilios.—Clotilde, abandonada por el ambicioso corsario, hace propósito de venganza al ver partir su galera y mal-dice....

.... el funesto instante
en que escuchó sus amores
las prescas y las flores
que le regaló de amante &c.

Hon transcurrido seis años desde el momento de esta maldición, cuando empieza el 2.º acto y

la escena pasa en Bolonia, en los momentos de estarse verificando la elección del Pontífice que ha de suceder á Alejandro V.

Jamas se vió en mayor conflicto el mundo Cristiano que en aquella época, ni estuvo más á punto, la triple corona de los Papas, tan esperada y temida cuando ceñía las sienes de Hildebrando, de perder el lustre y prestigio que le restaban. Era la época del cisma de Occidente nacido de la doble elección que habían hecho los Cardenales, colocando primero sobre la silla de los Pontífices á un natural de Nápoles que se denominó Urbano, y luego á Roberto, hijo de un conde de Ginebra, que se llamó Clemente VII.

Cada Papa tenía sus parciales: cada uno lanzaba contra su adversario los rayos impotentes de la excomunion; cada uno llamaba *antecristo* á su competidor; cada uno tenía ejércitos que defendiesen su derecho y en reñidas y sangrientas batallas disputaban la posesion de la Santa Sede, como pudieran la de un trono profano.—No parecían ser entonces las pacíficas inspiraciones del Espíritu Santo, sino los decretos tremendos del Dios de las batallas, los que habían de decidir entre ambos competidores.—Baste recordar como simbolo de aquellos tiempos, que servían de bandera á ambos ejércitos las llaves de San Pedro.

A Urbano había sucedido en Roma el Cardenal Melloni: los de Aviñon colocaron al Español Pedro de Luna en el puesto que había quedado vacante por muerte de Clemente VII: ni consiguieron los Cardenales del Concilio de Pisa con la elección de Alejandro V, sino añadir un tercer competidor á los que se disputaban la suprema dignidad del Orbe católico.—Muerto este último Papa, dice un historiador, y dueños de Roma, los Cardenales, eligieron Papa á Baltasar Cozza, que había sido corsario. (*) Era tal la situación en que se hallaba Roma que necesitaba de un Pontífice semejante: mas había menester de un soldado que de un teólogo."

Tal es la época que ha escogido el autor. ¿Cual era su intento? Si traspassando los límites del drama, y penetrando en el dominio de la historia, ha querido darnos á conocer la organización política de la iglesia; mal argumento ha escogido. Mas le valiera haber puesto en escena á uno de esos Pontífices que, usando con libertad y energía del supremo poder que tiene por cimiento las creencias, mas fuerte mil veces que el que se apoya tan solo en la violencia y en las armas, han lanzado sus anatemas contra los Reyes y contra las Nacio-

(*) El autor de otro artículo sobre este mismo drama, publicado en un periódico de esta ciudad, se inclina á mirar como invención del autor del drama que fuese Baltasar Cozza corsario antes de ser Pontífice. Cualquiera que sea la exactitud histórica de este hecho, que no tratamos de poner en claro, es indudable que lo refiere algún historiador.

nes, ejerciendo en nombre de la civilización y en beneficio de la unidad Europea, una dictadura, que los sofistas han calumniado y que los historiadores comienzan al presente á estimar y á bendecir.

Pero si era su objeto pintar y describir el cisma religioso, en esta época de cismas políticos, bien hubiera hecho en darnos á conocer las pasiones y los intereses que tenían divididos á los Cardenales, bien hubiera hecho en poner de manifiesto las miras que se proponían cada una de las Naciones de aquella época, representadas en el Conclave por los Prelados, bien hubiese hecho en explicar los inconvenientes y peligros á que la confusión de la dignidad Pontificia, con el poder y las atribuciones políticas, hubo de dar origen.

De todas suertes no hubiera escrito un drama hubiese puesto la historia en diálogos, como otros tantos escritores: pero aun cuando de esta clase, hubiera podido tener algun mérito su obra.

Y en los límites mismos del drama, una vez escogido su argumento, y apesar de las dificultades inmensas que habían de resultar de poner en escena al Gefe Supremo de la Iglesia, no le hubiera estado mal, ya que no le arredran las dificultades, describir la situación, las pasiones y los pensamientos de un hombre que, por un conjunto extraño de circunstancias, se viese colocado á su vejez en la silla de San Pedro, despues de haber pasado los años de su juventud entre los corsarios de los mares en Grecia. Poner en oposición los hábitos del pirata, con las ideas del Pontífice, la temeridad del uno con la prudencia del otro el recuerdo de los pasados tiempos con los peligros presentes, los escollos del mar con las intrigas de los Concilios. Es tal y tan numerosa la diferencia de las situaciones, tan pocos puntos de contacto tienen que ni aun alcanzan á concebir como se pudiera dar cima á tan árdua y dificultosa empresa. No bastaba el talento, era necesario genio.

Durante algunos momentos nos ha parecido que era esta la idea concebida por el autor, pero ¿qué relacion tienen con este proposito los amores de las dos hermanas, ni las tentativas reiteradas que hace Clotilde de vengarse, ni la conjuración que estalla en el tercer acto, ni el cuadro de la Sixtina, ni nada de cuanto ocurriese en el drama á escepcion de un corto número de escenas?

Baltasar Cozza ve realizado su sueño y coronadas sus sienas con la Tiara: pero Clotilde, tan solícita de su venganza, como él de las miras de su ambición, le amenaza en los mismos momentos en que ve logrados sus deseos, intenta despues asesinarle y consigue amotinár contra él al pueblo, ó, por lo ménos aumentar su exasperación y su furia. María enamorada de distinta manera y ayudada del fiel Genaro y del page Lulu, busca con ansiedad en uno de los cuadros de la capilla Sixtina un resorte que, hallado y puesto en movimiento, proporciona al perseguido Pontífice un medio de huir de la venganza de sus enemigos.

Resuenan las voces de los amotinados injen-

tras busca el resorte María, y los espectadores, que temen por la vida del protagonista, observan con ansiedad y con impaciencia cada uno de los movimientos de sus manos. Pero no es esta impaciencia por cierto la que puede lisongear al autor de una obra literaria: ni son de esta especie los verdaderos y propios resortes de los dramas.

El Concilio de Constanza depone á Baltasar Cozza: el Emperador Segismundo dá órdenes de aprisionarle, y la vengativa Clotilde, tierna y compasiva por esta vez, favorece su fuga.

Nada decimos del quinto acto, durante el cual se reduce la acción del drama, á la muerte del protagonista, amado hasta su último suspiro por las dos hermanas con el mismo amor que en Gérico.

Algunos pensamientos nuevos y brillantes hemos encontrado entre otros muchos vulgares ó falsos: algunos versos cadenciosos y sonoros, al lado de otros descuidados y duros: algunas veces es nervioso y oportuno el estilo; otras flojo y débil y afectado.

Sírvan como muestra de los mejores versos del drama los siguientes:

Genaro—Recordais á Baltasar
adornado con sus galas,
y los cabellos rizados,
y su nombre de pirata,
arrojando á vuestros pies
armijo y perlas y bandas
de cien naciones vencidas
en cien galeras ganadas
con la fuerza de su brazo
en empresas temerarias?

.....
¿Recordais á Baltasar
en la brillante embajada
de Nápoles, abrumado
de honores y de alabanzas,
ser el primero en la corte,
el mas mirado en las zambras
y festejos y sarcos
por su apostura y sus gracias,
y venir despues amante
en busca de una mirada
de vuestros ojos, Clotilde....?

Otras veces duece el estilo, hasta el punto de notarse puerilidades semejantes á las siguientes.

Clotilde—Baltasar!!!
Baltasar—Tengo mucho en que pensar.

De la ejecución no debe quejarse el público: el actor Montañó supo ser Pirata, ser Cardenal y ser Papa. Pocas veces nos ha agradado tanto. Hemos encontrado á la Señora Hernandez no poco curada de la afectación que era su principal defecto. Lulu, Genaro, y hasta el Cardenal Othon Colonna &c. estuvieron á la altura del drama. J. J.

CADIZ.—EN LA IMPRENTA GADITANA DE PINARDO,
CALLE DE LA COMPAÑIA, NÚMERO 86.